

El papel del colegio ante las crisis familiares

Juan Pedro Nuñez Partido
Universidad Pontificia Comillas, Madrid

La labor del colegio como centro educativo trasciende la mera formación académica y abarca la dimensión humana y personal del desarrollo como individuos de sus alumnos. Ahora bien, si en la formación académica el colegio sería la institución con máxima responsabilidad, esto no sería así en la dimensión humana donde los padres son insustituibles. Hablamos pues de una labor por parte del colegio de ayuda a los padres que requiere e implica una gran colaboración entre éstos y los profesores de sus hijos.

El problema es que aunque aparentemente se han alcanzado las cotas más altas de diálogo y colaboración entre padres y profesores, la realidad no es exactamente así. Los padres demuestran más preocupación e interés que nunca por la educación de sus hijos; pero la forma de ejercer la paternidad ha cambiado tanto en los últimos años, que el ejercicio de ésta ha quedado desvestido de prácticamente toda autoridad, por lo que los hijos son el centro del hogar y ejercen su tiranía con bastante impunidad. No son pocos los padres que se ven desbordados por situaciones cotidianas con niños pequeños (comidas, baños, vestirse, ...) y ni que decir tiene con hijos adolescentes. Esta circunstancia les hace con frecuencia pedir ayuda, pero rara vez conceden a los profesionales más autoridad que la que a sí mismos se conceden que, como ya hemos señalado, no es mucha. Los padres solemos cuestionar aquello que nos dicen de nuestros hijos cuando no nos gusta y más si lleva implícita una crítica a nuestra forma de educarlos. Sabemos que pasamos poco tiempo con ellos y sabemos que no somos perfectos, pero queremos oír soluciones y que todos colaboren sin que necesariamente se alteren nuestros horarios y ritmos de vida.

No es función del colegio resolver problemas personales o familiares del alumno, pero sí ayudarle a afrontarlos adecuadamente.



Por otro lado, son muchos los profesores que se sienten especialmente quemados con el aumento de la conflictividad en las aulas, las faltas de respeto de las que son objeto, el poco respaldo que reciben por parte de la dirección, las tensiones entre compañeros al no entender todos de igual manera su quehacer educativo, las críticas y las presiones de los propios padres y el indefinido papel que la administración les otorga. Es verdad que hay más diálogo que nunca entre padres y profesores, pero es una comunicación muy viciada que no siempre repercute significativamente y de forma positiva en el desarrollo del niño, ni personal ni académicamente.

Mientras llegan las soluciones estructurales que son las únicas que pueden corregir el problema (aumento de la inversión en educación para mejorar la herramienta más eficaz con la que contamos, el profesor, su formación, sus condiciones laborales etc... y la creación de servicios de ayuda y formación a padres) tenemos que seguir navegando por tan tumultuosas aguas y puesto que todavía son muchos los profesores que no han tirado la toalla y los padres que están dispuestos a colaborar, se pueden y se deben establecer las medidas necesarias para ayudar a nuestros hijos, a nuestros alumnos, a desarrollarse como personas capaces de enfrentarse a esta vida cada vez más complicada en la que les ha tocado vivir.

El presente artículo pretende aclarar los mínimos elementales a tener en cuenta por parte del colegio a la hora de abordar situaciones de crisis familiar o personal de sus alumnos. Como ya señalamos al inicio, la solución no depende del colegio, pero éste sí puede jugar un papel decisivo en la evolución del problema, pudiendo desde convertimos en un elemento que agrave la situación hasta ayudar a que el alumno y su familia afronten adecuadamente el problema.

Lo ideal sería que, como ocurre en algunos centros, todos los colegios contaran con un servicio de atención a las familias que ayudara a padres, profesores y alumnos a solventar estas situaciones de crisis. De esta manera y ante una gran variedad de problemas se lograrían unos niveles de detección precoz e intervención coordinada entre profesionales, padres y profesores altamente eficaces, que convertirían además a los cen-

tros escolares en auténticos centros de formación para la vida, y que darían así un nuevo sentido a la colaboración entre padres y profesores.

De momento debemos conformarnos con establecer algunas líneas y principios generales de actuación ante cualquier crisis, para más tarde añadir algunas pinceladas sobre algunos problemas concretos a los que comúnmente han de enfrentarse muchos profesores.



1.- Labor de equipo

Si ni siquiera académicamente se plantea la labor educativa como una acción en solitario por parte de cada profesor, mucho menos aún debe hacerse ante situaciones de crisis personal y/o familiar del alumno. Es poco probable que la intervención aislada ante situaciones de este tipo sirva realmente para algo excepto para hacernos sentir bien con nosotros mismos en ese momento puntual y asumir un papel ante el alumno y su familia difícilmente sostenible a lo largo del tiempo que además podría dificultar la intervención futura del resto del

profesorado e incluso de otros profesionales. El profesor de matemáticas o el tutor pueden ayudarnos siempre y cuando sepan cómo hacerlo dentro del contexto y las funciones que les son propias, es decir, como una pieza más del colegio. El centro escolar debería estar organizado para actuar en situaciones de este tipo y así todo profesor sabría a qué atenerse y el apoyo que podría brindar al alumno y su familia según las circunstancias de las que se tratase.

2.- Principales ejes de actuación

Las claves de esta organización interna por parte del colegio serían tres:

- ✓ Detección precoz de los problemas
- ✓ Información de recursos y posibilidades de solución
- ✓ Adecuación a la situación del alumno

En estos tres aspectos todo lo que se haga y se posibilite en principio es mejor, pero cada centro escolar tiene que tomar sus propias decisiones según sus propios recursos y posibilidades, teniendo claro que conviene ir avanzando poco a poco para no quemarse ni crear fisuras insalvables dentro del propio centro.

Para ello **los profesores deben recibir formación**

para saber a qué deben estar atentos en cuanto a los posibles cambios de comportamiento de los alumnos, sobre cómo actuar ante distintas situaciones, la evolución propia de ciertos problemas y crisis familiares y personales etc....

Además el centro debe tomar decisiones sobre cómo ha de fluir la información internamente, qué interlocutores serán los más adecuados para cada caso, contactos con servicios y profesionales ajenos al colegio que puedan ser de utilidad, seguimiento de los casos y sobre todo cómo flexibilizar y hasta qué punto, las normas y ritmos académicos para facilitar la adecuación a la situación personal de un alumno con problemas.

3.- La repercusión en lo académico

No es función del colegio resolver los problemas personales y familiares de sus alumnos, pero sí que puede ayudar en tales circunstancias a prevenir el probable fracaso escolar del alumno afectado o al menos a paliar el impacto afectivo que sobre él pudiera tener el deterioro de su rendimiento.

No se trata de exigir menos en lo estrictamente académico, si no de prestar más ayuda, flexibilizar horarios y normas de asistencia, apoyarle con estudio dirigido, ayudarle a planificar sus prioridades según sus posibilidades reales y su situación escolar, informarle sobre su evolución a nivel individual teniendo además en cuenta sus circunstancias, explicarle todas las decisiones que se tomen, no comparar con el resto ni aplicar etiquetas o evaluaciones típicas, utilizar un sistema de evaluación continua, animar, escuchar su opinión, respetar sus sentimientos, no perseguirle, relajar el trato, cambiar de grupo si se estima conveniente etc....

Y todo ello hay que hacerlo sin hacer concesiones gratuitas, la vida sigue y el alumno y su familia no pueden pretender que el mundo se pare para esperarles, primero porque es imposible y segundo porque en dicha actitud se encuentra el mayor impedimento para salir adelante. Tampoco hay que caer en injusticias con el resto de los alumnos y todo el profesorado implicado debe actuar coordinadamente.

Obviamente las posibilidades de adaptación al alumno tienen un límite. lo que aquí proponemos es simplemente tomar las medidas necesarias para no cre-

ar más problemas ni aumentar la ansiedad del alumno y su familia. Pero al final todos debemos tener muy claro que si las circunstancias han impedido el trabajo continuado del alumno, suspender o repetir no es equivalente a "fracaso escolar". Lo importante es evitar que el alumno adopte una actitud negativa para con el estudio o el colegio o que el profesorado tire la toalla con respecto a él.

4.- Planteamiento a largo plazo

Nuestra forma de actuar ante este tipo de situaciones debe facilitar que cualquier alumno y sus padres puedan acceder a nosotros. No se trata de resolver una situación puntual si no de transmitir la sensación de que en el colegio nos preocupamos por estos temas, de que merece la pena hablar con los profesores porque se puede contar con una reacción prudente, un alto grado de confidencialidad, una buena organización y un claro conocimiento sobre cómo actuar.

Cada acción aislada es un mensaje para el resto de los alumnos y sus familias que

transmite nuestra disponibilidad sobre si se puede contar con el colegio, para qué y cómo. Por eso no se puede actuar de cualquier manera, todos debemos tener muy claro cómo hacerlo. Nuestro talante se irá definiendo a lo largo del tiempo, costará mucho crear una cultura al respecto entre el profesorado, los alumnos y sus familias y cualquier error daría al traste con lo que se hubiese logrado hasta ese momento, por lo que conviene tener en este tipo de situaciones una clara conciencia de que sembramos para recoger a largo plazo.

La familia y el alumno deben saber quién es el interlocutor válido para tratar estos temas más allá de que se sientan con mayor o menor confianza con éste o aquel profesor.

El secreto profesional y el consentimiento de la familia y del alumno serán condiciones necesarias para poder actuar en la mayoría de las ocasiones y como la familia y/o el alumno no siempre están dispuestos a dejarse ayudar, muchas veces puede resultar frustrante el tener que conformarnos con transmitir nuestra disponibilidad y esperar para no ser llamados nunca. Por otro lado, el papel que podemos desarrollar tiene unos límites que debemos dejar muy claros desde el principio para no crear falsas expectativas.



5.- Crisis familiares más frecuentes

A veces, sin que previamente nosotros hayamos notado nada, el alumno o su familia nos asaltan para hacernos partícipes del problema en el que se ven inmersos, pero lo normal es que seamos nosotros los que ante cualquier cambio brusco de comportamiento, actitud o talante emocional tomemos medidas. Primero debemos contrastar que otros profesores han observado estos cambios y si no es así pedirles que estén atentos a los mismos ya que pudiéramos estar equivocados. Si nuestra sospecha se afianza habrá que facilitar que la persona que pudiera tener una mejor relación con el alumno (o con sus padres según la edad del chico/a) se acerque a él en condiciones propicias para una comunicación personal y le pregunte sobre los cambios observados en él y le ofrezca ayuda y apoyo.

Los cambios más significativos e importantes a tener en cuenta serían los descensos inesperados en el rendimiento, aumento de las faltas de asistencia injustificadas, aislamiento social, irascibilidad, promiscuidad, actitudes violentas, cambios bruscos de humor, cambios de amistad... aunque conviene no olvidar que en muchas ocasiones todo esto no son más que las manifestaciones propias de la edad preadolescente y adolescente.

5.1.- Crisis por separación o divorcio

En estos casos el comportamiento adecuado por parte de los padres sería tratar de resolver sus diferencias sin enfrentamientos, buscando el mutuo acuerdo a través de un proceso de mediación familiar. En cualquier caso no involucrando a los hijos en ninguna guerra ni utilizarlos para herir al otro, ni enfrentándolos a un conflicto de lealtades.

Los sentimientos de los hijos irán desde el dolor y la pena ante la sensación de pérdida, la rabia por la impotencia de no poder hacer nada para evitarlo, el

rechazo a los padres por las situaciones de tensión a las que los someten, la culpa por creerse responsables de la ruptura entre ellos, la ansiedad por la incertidumbre de lo que va a pasar a partir de entonces, la vergüenza por la sensación de anormalidad (cada vez menos frecuente) etc... Todas estas emociones si no son expresadas convenientemente van a bloquear al alumno y/o lo harán estallar en los momentos más inesperados.

Facilitar por tanto el desahogo del alumno es importante así como darle algo de margen académicamente, especialmente en las tareas menores o cotidianas. Si los exámenes estuvieran cerca, habría que valorar cómo afrontarlos, qué es posible asumir y que no, y ayudarlo a entender el probable descenso en su rendimiento.

Pero lo ideal sin lugar a dudas sería involucrar a los padres, a los dos, para que tomaran conciencia de las repercusiones que su ruptura está teniendo en su hijo y para que hablaran y escucharan a su hijo especialmente cómo se siente y le explicaran las razones de su separación y cómo se la están planteando. Lo normal es que todo esto lo hicieran con la ayuda de un profesional, de algún terapeuta, por lo que si se lo podemos ofrecer o recomendar a alguien de nuestra confianza mejor.

5.2.- Crisis por enfermedad o muerte

No tiene sentido hablar de enfermedad si no de enfermos, especialmente en cuanto a convivencia se refiere. Hay enfermos con los que cada día la vida se renueva, que inevitablemente nos exigen pero que nos hacen mejores, nos enseñan, nos ayudan a relativizar, nos alegran, nos dan paz, nos contagian la pasión por vivir. Pero otras veces es muy duro, supone contemplar el deterioro de un ser querido, descubrir la sombra de la muerte en cada rincón, soportar quejas, discusiones, lamentos, exigencias..., cada despertar anuncia un sacrificio ingente, una lucha titánica y agotadora.

El dolor, la angustia, la desesperación, la indiferencia, la culpa, el rechazo de la situación, el hacer todo lo posible por llegar tarde a casa o por el contrario responsabilizarse en exceso, son algunos de los sentimientos y comportamientos que podremos encontrar en nuestros alumnos. En muchas ocasiones serán pasajeros, fruto de un conflicto puntual o de un empeoramiento momentáneo de la situación y no habrá por qué preocuparse, por lo que es razonable en cualquier caso esperar unas semanas antes de actuar.

Por lo general, los menores al verse eximidos de las responsabilidades más gravosas con respecto al enfermo pueden seguir haciendo su vida como si tal cosa. Son las tensiones en casa, la falta de control de los padres superados por la sobrecarga de preocupaciones o el que los menores adopten una actitud proteccionista con los padres (asumiendo responsabilidades o tra-



tando de no generar más problemas), lo que a largo plazo suele descompensar la afectividad y el comportamiento del alumno. De hecho tampoco sería raro que el alumno pasara bruscamente de una actitud muy responsable a otra de descontrol y despreocupación excesivas.

Es una situación complicada ya que la administración dedica poco recursos al apoyo de las familias que se encuentran en esta situación por lo que apenas existen servicios de los que se puedan beneficiar y, por tanto, podamos recomendarles. Aun así el apoyo de un trabajador social que conozca bien los recursos públicos y privados del entorno puede obrar pequeños milagros. De no poder ofrecer este tipo de ayuda, la situación se vuelve perversa ya que el menor necesita que sus padres le presten más atención y éstos probablemente no den más de sí. Hablemos pues con los padres, pero tratando de no agobiarlos más, simplemente para hacerles partícipes de la situación y ofrecerles nuestra ayuda que obviamente se ha de restringir a lo educativo y académico, asumiendo que deberemos mantenerla a lo largo del tiempo. Involucremos al menor si es posible y diseñemos el plan de acción adecuado al tipo de actitud que haya adoptado y a lo que sus padres puedan sugerirnos como forma de aliviar su agobio (p.ej. que el alumno pueda entrar media hora más tarde, o quedarse a la salida una hora estudiando en una clase para facilitar el traerle y llevarle). Si se tratase de un adolescente y estuviera dispuesto a recibir apoyo psicológico, no dudemos en derivarlo a un profesional de confianza.

Cuando lo que sobreviene es la muerte inesperada de un miembro de la familia nuclear, padre, madre o hermano, además del dolor y la profunda pena por la pérdida del ser querido, la familia tiene que reestructurar su forma habitual de funcionar.

Otro tipo de muertes no suelen descolocar tanto a sus miembros ya sea por esperadas, tras largas convalecencias, como por vivirse como naturales, como es el caso del fallecimiento de personas mayores que convivían en el hogar.

En cualquiera de los casos el dolor y la pena han de poder desahogarse, por lo que habremos de saber facilitar lo si por casualidad el alumno estallara en nuestra presencia aunque no seamos nosotros ni el contexto escolar los más idóneos. Sobran las palabras de consuelo porque este no llega hasta que las lágrimas se han agotado, busquemos un espacio de intimidad y ofrezcamos nuestro hombro y nuestro abrazo si nos sale natural.

Normalmente el duelo por la pérdida seguirá su curso normal y no debemos preocuparnos en exceso. Es una situación en la que académicamente deberemos ser algo comprensivos pero en la que no es necesario ni conviene tomar medidas excepcionales, es precisamente a este tipo de situaciones a las que nos referíamos cuando señalábamos la conveniencia de ayudar a la

familia a que entienda que no deben apearse del tren de la vida.

Más preocupante es cuando el desahogo no se produce y por supuesto no nos referimos a que esto deba ocurrir en nuestra presencia, si no a cuando los padres nos transmiten esta preocupación por la aparente indiferencia o falta de reacción de su hijo ante la pérdida. En nuestra mano está confirmar este hecho ya que a veces no se hace en casa para no "desanimar" al resto de la familia, pero nos puede constar que se hace junto a los amigos más íntimos o la pareja. De no ser así habría que plantearle a la familia que el menor y/o toda la familia recibieran apoyo psicoterapéutico.

De igual forma habría que actuar si la familia acusa en exceso la pérdida y no acaba de reubicarse a su nue-



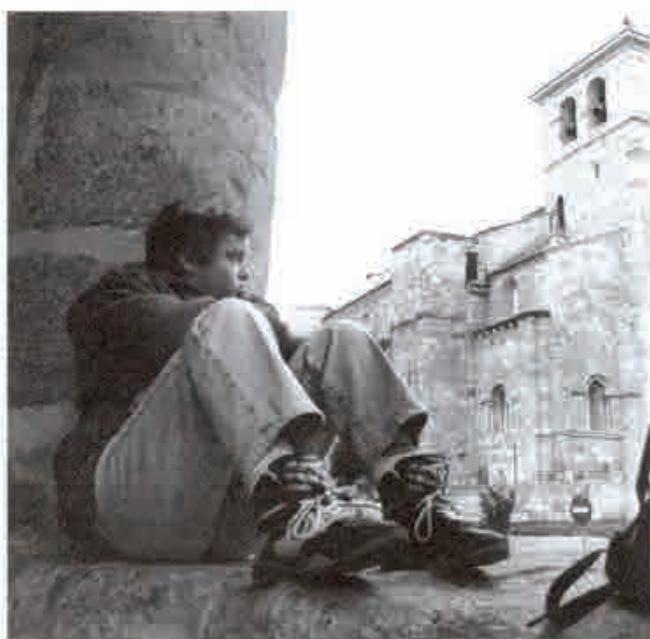
va situación, en estos casos no debemos dudar en recomendar muy firmemente que se acuda a terapia familiar. Las señales típicas a las que habría que estar atentos son el aumento de los conflictos y las tensiones en casa así como cualquier tipo de cambio drástico de conducta y actitud por parte de los menores.

5.3.- Crisis por consumo de drogas

Hemos dejado para el final las situaciones que por su gravedad requieren que tengamos las cosas muy claras y precisamente por eso seremos muy breves y concisos.

El papel del colegio ante el consumo de drogas es muy importante en cuanto a la prevención, pero una vez que un alumno ha empezado a consumirlas la situación es tan grave que requiere la intervención de servicios y profesionales especializados.

Tanto si el colegio tiene sospechas serias como si tiene pruebas de que el problema se está dando en alguno de sus alumnos debe informar a los padres inmediatamente, pero con mucha delicadeza, siendo conscientes de que la reacción de los padres pudiera ser negativa en muchas de las ocasiones. Se trata de alertarlos no



de convencerlos de nada, de que estén atentos y preparados por si acaso, pero de nada más. Informaremos a los padres de qué comportamientos deberían observar en su hijo, cuáles hemos observado nosotros y a qué centros especializados acudir y qué pasos han de dar en el caso de que se confirmen las sospechas. Y por nada del mundo el colegio debe pretender ir más allá.

Como los menores negarán esta situación en la mayoría de las ocasiones aunque las pruebas parezcan evidentes (siempre se pueden alegar que *"ha sido sólo una vez"*, que *"la droga era de un amigo y se la estaban guardando"* etc.... sin olvidar que estas excusas bien pudieran ser verdad en alguna ocasión) y por otro lado es imprescindible que reconozcan el problema para poder ayudarles, los padres se van a enfrentar a una situación muy complicada, por eso ha de quedar muy claro que deben acudir a servicios especializados.

Excepto situaciones excepcionales el papel del colegio termina aquí. El alumno será tratado como uno más y se le aplicarán las normas como a todos sin concesiones y sin acritud, sólo esforzándonos si cabe en la neutralidad en el trato, especialmente a la hora de sancionar. Como desgraciadamente ya sabemos, en el caso de haber caído en el mundo de la droga es muy probable que sea cuestión de tiempo que acabe abandonando el colegio.

Si el alumno llega a reconocer su problema e inicia un tratamiento, mientras pueda y quiera seguir su vida académica, si que podremos ayudarle diseñar la mejor estrategia para no descolgarse en exceso ni dilapidar sus pocas energías en agobios y fracasos. Su situación es muy difícil por lo que conviene ayudarle a pensar muy bien los pasos a dar en cada momento, pero insistimos en que nunca debemos rebajar ni un ápice las normas o exigencias académicas a no ser que sea para

acudir al centro de tratamiento y por solicitud directa de los padres.

Según el tipo de sustancias de las que estemos hablando los síntomas físicos a observar serían distintos, pero en cambio hay ciertas pautas de comportamiento típicas en todos los casos. Absentismo escolar injustificado, descenso en el rendimiento escolar, irritabilidad y/o conductas violentas, aumento del secretismo, nuevos amigos y algunos algo mayores (aunque a veces se conserven los de siempre), descontrol en las salidas de fin de semana, aumento de la demanda y el gasto de dinero, podemos incluso echar en falta dinero de donde solemos guardarlo, pérdidas o aparición de objetos o prendas caras que o venden para financiarse o compran con el dinero de trapechar con drogas, desmotivación y apatía para casi todo y cambio drástico de gustos, costumbres, ritmos de sueño, apetito etc....

5.4.- Crisis por malos tratos o abusos sexuales

Estamos ante un delito y ante una situación de tortura física y psicológica que suele ser infringida de forma repetida por alguien cercano, querido y/o de la confianza del menor. Nuestra primera obligación es la protección del menor, por lo que, cuanto menos, deberíamos denunciar los hechos de los que hayamos podido tener conocimiento por escrito y con acuse de recibo a los servicios sociales de la zona. A partir de este momento han de ser precisamente los servicios sociales los que tomen cartas en el asunto a todos los niveles y el colegio no puede ni debe hacer más para no inmiscuirse ni obstaculizar un proceso delicado y de gran complejidad jurídica, psicológica, familiar y social. Podremos colaborar en lo que se nos pida tanto por parte de los padres (si no son los responsables de las agresiones) como de los servicios sociales y exigir a éstos que tomen medidas al respecto si con el paso del tiempo no hubieran actuado. Si la atención psicológica que se le pudiera estar dando a la víctima fuera demasiado esporádica por la sobrecarga del servicio público, de mutuo acuerdo con todas las partes se podría recomendar algún servicio privado de estas características que sea de nuestra confianza.

En estos casos es donde con un criterio razonable y según nuestras posibilidades, aplicaremos el máximo grado de flexibilidad en lo académico. La situación por la que pasan estos niños y niñas es muy, muy dura, difícil y complicada, por lo que nuestra paciencia, apoyo y flexibilidad pueden resultar de gran ayuda para que afronten su pasado, su presente y su futuro de la mejor forma posible.

Las signos a los que debemos estar atentos son, por supuesto, las magulladuras y lesiones habituales que el alumno pudiera sufrir, cambios bruscos en el estado de ánimo que van de la irritabilidad y las reacciones vio-

lentas, al retraimiento y el miedo, el rechazo exagerado del contacto físico, las llamadas de atención, el exhibicionismo, la promiscuidad sexual y la provocación.

Es importante que tomemos conciencia de que este tipo de hechos se dan con una frecuencia mucho más alta de lo que pudiéramos pensar³ y que desgraciadamente en pleno siglo XXI y en un país desarrollado como el nuestro, no se trata ni remotamente de hechos marginales ni exclusivos de ningún estrato social o cultural.

5.5.- Crisis por anorexia y bulimia

En este caso no podemos ignorar que estamos ante una patología grave que en sus casos extremos puede acabar con la vida de la adolescente⁴. Requiere en muchos casos hospitalización y tratamiento psiquiátrico. Suelen ser frecuentes las recaídas, dura mucho a lo largo del tiempo y su comienzo puede ser lento e insidioso.

Desgraciadamente por el culto al cuerpo y la valoración estética de la delgadez en nuestra cultura, resulta complicado detectar precozmente el problema y diferenciarlo de conductas típicas y muy extendidas entre nuestras jóvenes (preocupación por el aspecto físico, obsesión por no engordar, seguir dietas, hacer ejercicio físico, delgadez etc...) por lo que sólo cuando estos comportamientos alcanzan niveles extremos y aparecen además otras conductas como la provocación del vómito, el atracón de "chucherías", el consumo de anfetaminas etc.... es cuando resulta más evidente el problema.

El centro escolar nuevamente tiene una gran labor preventiva que hacer informando y formando a sus alumnos y a los padres con respecto a este problema, pero una vez que aparece poco más puede hacer.

Académicamente estas chicas no suelen dar problemas, más bien todo lo contrario ya que suelen ser muy perfeccionistas y con una gran capacidad de autocon-

trol, excepto en algunos casos o cuando la enfermedad está tan avanzada que no pueden seguir normalmente la marcha del curso. Una vez más todo aquello que podamos hacer dentro de lo razonable para facilitarles que no se descuelguen y especialmente para que no se obsesionen o angustien con las notas, que es lo típico en estos casos, puede al menos evitar que los estudios se conviertan en otro detonador más del ciclo ansiedad, atracón, vómito, culpa, autodesprecio, no comer etc... ■

Para saber más

BERY, T., *Las crisis familiares y su superación*, Paidós, Barcelona, 1990.

CAPLAN, G. y LEBOVICI, S., *Psicología social de la adolescencia: desarrollo, familia, escuela, enfermedad y salud mentales*, Paidós Buenos Aires, 1973

DOWLING, E. y OSBORNE, E., *Familia y escuela: una aproximación conjunta y sistémica a los problemas infantiles*, Paidós, Barcelona, 1996

ESCAMES, J., *Drogas y escuela: una propuesta para la prevención*, Dykinson, Madrid, 1990.

GOTZENS BUSQUETS, C., *Modelos no conductistas de explicación y tratamiento de los problemas de comportamiento en la escuela*, Universidad de Barcelona, 1984.

ISAACS, M. B.; MONTALVO, B. Y ABELSON, D., *Divorcio difícil*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1986.

PEIRÓ I GREGORI, S., *La escuela ante los abusos y malos tratos: teoría pedagógica para efectuar prevención y reeducación para situaciones de riesgo*, Grupo Editorial Universitario, Granada, 1997.

VV.AA., *El papel del maestro y la escuela en el abordaje del problema del maltrato y abandono en la infancia*, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz, 1988.



³ El Instituto Universitario de la Familia de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid gestiona desde hace tres años un Centro de Atención a Familias en el Colegio Padre Piquer de Madrid, financiado por la Obra Social de Caja de Madrid y la propia Universidad, con una acogida y unos resultados altamente satisfactorios para todas las partes implicadas.

⁴ Instituto Universitario de la Familia / Vidal, F. (2002): Situación social de la infancia en España 2001. Madrid. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales - Universidad Pontificia Comillas.

⁵ Aunque se puede dar en varones es una patología en la que la mayoría son mujeres.